

cuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable: hubo tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Durante la acción, la brigada del general Miñon estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buena-Vista, ya al Saltillo. Su inacción ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa-Anna y Miñon, en la que no entraremos nosotros, porque nuestro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.

La nación tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos mas valerosos: cuarenta gefes salieron heridos: entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; comandante de batallon, D. Julian de los Rios; y comandantes de escuadron, D. Ignacio Peña, D. Juan Lullando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.

En la relacion antecedente no se ha hecho mas que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á mas de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimacion de sus conciudadanos. Se vió á varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto del mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que solo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrian decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.

El general Santa-Anna no ha participado de esta inculpacion. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrostró el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!



## CAPITULO VII.

### RETIRADA DEL EJERCITO A SAN LUIS

### MARCHA A CERRO-GORDO.

La batalla de la Angostura habia concluido. Las columnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la órden de poner fin al combate, y de retirarse á la oracion de la noche para Aguaneva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaban enteramente en el sitio donde habian peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su estension, para engañar al enemigo, el general Torrejon con la tercera brigada, compuesta de un escuadron del Ligero de caballería, los regimientos 3.º, 7.º y 8.º, y el activo de Guanajuato.

Nuestros soldados habian desplegado un valor digno de mejor suerte: se habian arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte, exclamaban: "Viva la República," y espiraban. Así peleando por causas ménos justas, se encarece que los valientes del ejército grande, que el capitan del

siglo mandaba, fallecieran en el combate, sin proferir en su agonía mas gritos que los de "Viva la Francia! ¡Viva el emperador!"

A aquellos cuyas heridas eran de ménos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la accion, y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los gefes de mas distincion y categoría, hasta los mas infelices soldados. Esos desgraciados no sabian aun la suerte que les estaba reservada: ellos no podian conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal ménos funesto, un destino envidiable.

Al tomar el ejército el camino para Aguanueva, una escena de horror vino á convomer el corazon de los que habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de trasporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veian desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperacion. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podrían empezar su espantoso banquete. Los que mas afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenian á lo ménos un porvenir ménos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia debe decirse, que éstos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra, y exigen los deberes de la humanidad.

Por su parte, los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenian que sufrir en aquella noche del 23, que ocupará una página de luto en nuestros fastos militares.

La retirada habia empezado á la oracion; pero el ejército, que no

formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embrazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro léguas de Aguanueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habian incendiado al retirarse, ardia aun cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles algun alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre mezclada con el fango del estanque, hacia mas insoportable esa bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundo, asqueroso y mortífero.

Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron nueva aflixion á los espíritus, contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecia á la vista infundia el mas penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habian aun exhalado el último aliento: por un lado se encontraban mugeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecian de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre: aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podian moverse: todo era confusion, todo angustias y sufrimientos. A lo ménos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubria la mitad de los estragos; pero en Aguanueva el cuadro de los horrores de la retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundia con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.

Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin establecer orden

ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que habia. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no habia medio de aliviar. Al amanecer el dia 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se habia apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habian servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó pasar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada, no tanto por las bajas habidas en la batalla, cuanto por la dispersion de la noche anterior, dispersion que se continuó los dias siguientes, y cuyo resultado fué que las cuerpos quedaran reducidos á meros cuadros, en que apenas se veian unos pocos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.

Para establecer algun orden, se dispuso la formacion de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aun un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse esta operacion, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en jefe, manifestaron que nuestros heridos habian sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistiria con todo esmero: hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habian desplegado en la batalla; y ofrecieron, de parte del mismo, los refrescos y provisiones que sabia escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspension de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones. El general Santa-Anna les contestó que agradecia cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacian; pero que ni podia admitirlas, ni ménos entrar en un convenio, para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era ademas imposible, mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.

En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar

este paso, era el que se convencieran por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no habia sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si habia que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aun con una division florida, y con pertrechos y municiones en gran número.

En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa-Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecian aun sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buena-vista, llamaron vivamente la atencion de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género. Entre los cuerpos de caballería, en los que mas se fijaron fué en los húsares, en los coraceros y en el regimiento número 7. Manifestaron, sin embargo, que en los Estados-Unidos se hacia muy corto aprecio de esa arma, porque estaban convencidos de que costaba mucho y era de muy poca utilidad.

Comcluido su exámen militar, se retiraron los comisionados del general Taylor, formando juicios bastante favorables al ejército mexicano. Acaso su actitud imponente coadyuvó en parte á evitar que el americano lo siguiera de cerca, picándole la retaguardia, y esponiéndolo á todos los reveses que son tan frecuentes en una retirada, cuando se pelea con un enemigo poderoso y emprendedor; aunque en verdad lo que mas principalmente nos libró de esos desastres, fué el estado de verdadera impotencia y nulidad á que la batalla redujo á la division invasora.

En Aguanueva creyó oportuno el general en jefe dirigirse á los valientes que mandaba, y publicó una proclama, en que no anduvo escaso de alabanzas por su comportamiento en aquella memorable expedicion. Recordábales sus servicios; encomiaba su intrepidez, llegando su entusiasmo hasta denominarlos "un ejército de héroes." Pronto ese general, inconsecuente en su modo de pensar, debia deprimir á los que entónces lisongeaba, y tratar de ineptos y cobardes á los mismos gefes que halagaba en su proclama.

En la noche mandó reunir una junta de oficiales generales, para oír su opinion sobre el partido que convendria tomar. Todos fueron del mismo parecer que el general en jefe, y en consecuencia se resolvió que el ejército continuaria su retirada hasta San Luis. Ni uno

solo de los individuos que asistieron á la junta, se opuso á una determinacion que iba á ser de funestos resultados para nosotros; y hasta algunos dias despues fué cuando el general Miñon manifestó su sentir, enteramente distinto del adoptado, consignándolo en una enérgica protesta que suscribieron los gefes de su brigada, y que no influyó poco en el tratamiento que recibió luego de Santa-Anna.

Con el objeto de disminuir las dificultades y embarazos que se prevenían, se dispuso que tomaran la delantera todos los mutilados, los que efectivamente comenzaron á salir desde aquel mismo dia. El 25 los siguieron los que aun quedaban, y la suerte de unos y otros fué por cierto bastante lastimosa. Las camillas en que se llevaban á los de mas gravedad, se habian formado apresuradamente, unas con horcones de palo, otras con fusiles. Los dolientes carecian de colchon, de sábanas y almohadas, contando para su abrigo con solo unas jergas, sin que dejara de haber muchos á quienes faltaba aun esta cobija. Los mas de los heridos iban en treinta carretas, tiradas por bueyes, habiéndose preferido para colocarlos allí á los que daban ménos esperanza de curacion. Se veian tambien varios gefes á quienes llevaban cargando sus soldados, entre los que hubo muchos que los atendieron con un esmero poco comun. Otros, por el contrario, se valian de la ocasion para cometer crímenes: se dispersaban y desertaban, no sin robar primero á sus desgraciados oficiales, y llevando la crueldad hasta el extremo de matarlos para mejor afianzar la impunidad de sus faltas. En suma, las acciones mas humanas y generosas formaban un notable contraste con las mas perversas, que no podian evitarse en aquel tumulto y confusion universal.

Este mismo desórden facilitaba á los soldados que se separasen de sus filas, ocasionando una numerosa dispersion. Los que armándose de mas constancia, seguian aun sus banderas, empezaban á ser víctimas de nuevos padecimientos. La jornada de Aguanueva á la Encarnacion fué de 14 leguas: á lo largo de ella se uni6 la falta de alimentos sanos, la mas grave aun de la agua, de que no habia ni una gota, y la sensacion penosa de un frio horroroso que penetraba hasta la médula de los huesos. No habia esperanza de remediar estos males, hasta que se llegara á Matehuala, punto en que se habian reunido algunos recursos.

El general Santa-Anna, diciendo que iba á disponerlos para las tropas, resolvió separarse de ellas, avanzándose con su estado mayor. Antes de alejarse mandó que el general Ampudia quedara sustituyéndolo en el mando en gefe del ejército, al que lo dió á reconocer con tal carácter. Semejante nombramiento produjo un descontento bastante marcado: la mayor parte de los generales desconocieron al que se acababa de revestir de superioridad sobre ellos, publicando con la mayor claridad la repugnancia que espermentaban de servir á sus órdenes. Y así, aquel paso desacertado no hizo mas que enconar los ánimos y añadir un elemento nuevo de discordia á los males que se padecian.

El descontento comun obligó luego á Santa-Anna á separar á Ampudia del mando, que confi6 al general Pacheco; pero éste desde el Salado se habia separado del ejército. Resultó, pues, que no habiendo quien entrara con el carácter de general en gefe, cada brigada caminó independientemente de las otras, lo que por supuesto aumentó el desórden y la confusion.

Tantos golpes que se sucedian sin interrupcion, afectaban necesariamente la moral, ya muy relajada del soldado. A la llegada de las brigadas á la Encarnacion, se notaba un desaliento general, que se aumentaba por momentos. Todas las clases estaban igualmente disgustadas, porque el sufrimiento era comun, y no habia quien tuviera mejor suerte que los otros.

En la hacienda mencionada se esperó la reunion de toda la fuerza, continuando el movimiento el 26 por la mañana. El cuartel general que seguia al general Santa-Anna, llegó hasta San Salvador, y continuó desde ent6nces con una jornada de adelanto. Las brigadas pernoctaron allí tambien, y á consecuencia de un nuevo arreglo, la caballería qued6 cubriendo la retirada.

El 27 se caminó hasta el Salado, andando ese dia once leguas. Allí se desarrolló un nuevo mal, que fué de los mas graves que se sufrieron. Los comestibles en los dias anteriores se habian reducido á carne maleada y piloncillo, y el agua que se bebia era saladísima. Los que habian tomado esos alimentos mal-sanos, se vieron atacados de una fuerte disenteria, que se propagó con una generalidad asombrosa, pues fueron muy contadas las personas á quienes no

les dió. Los estragos de la enfermedad llegaron á ser en extremo deplorables: la muerte se cebó en las infortunadas tropas, en términos que todos los dias fallecia un número considerable de personas. El ejército parecia formado de cadáveres: el miserable estado á que se veian reducidos los enfermos era tal, que muchos tenian la piel pegada á los huesos, y su contraccion, descubriendo los dientes, daba al rostro una espresion de risa forzada que llenaba de horror.

Hasta las Animas, lugar á donde se llegó el 28, despues de una jornada de ocho leguas, se pudo dar á los enfermos un poco de arroz. Desde ántes habian llegado allí algunos gefes heridos, á quienes servia de facultativo una vieja sucia y asquerosa, á la que por su aspecto repugnante habian dado el nombre de "la bruja." La caritativa muger, con una generosa eficacia, se consagró al cuidado de dichos gefes, curando sus heridas, preparándoles sus alimentos, formando vendas é hilas con los girones de su camisa, de color equívoco, y desviviéndose por atenderlos. Semejante conducta no podia ménos de escitar su gratitud: las atenciones de la anciana ganaron su voluntad; y poetizando el agradecimiento á la pobre enfermera, miraban como un ángel de consuelo á la que poco ántes habian llamado bruja para vilipendiarla y escarnecerla.

En las Animas hubo que soportar una nueva calamidad: parecia que éstas formaban una serie interminable, y que el ejército debia apurarlas una tras otra. La que entónces aconteció, fué un temporal deshecho, que acabó con la poca energía que se conservaba aun. El único alivio que se esperimentó en medio de tan continuos desastres, fué el de una corta mejora en los alimentos, en razon de que se pudo dar una reducida racion de arroz.

El dia siguiente, que fué el 29, se anduvieron otras doce leguas: la jornada se rindió en el Cedral, en donde se consiguieron los primeros alimentos sanos y nutritivos, que eran tan necesarios para la tropa. Tambien se encontró un botiquin, objeto precioso para tanto enfermo como venia. No debe pasarse en silencio que estos auxilios los proporcionó el Sr. Yari, con generoso desprendimiento, compadecido de la situacion de sus compañeros de armas.

En el Cedral falleció el capitan de húsares D. José María Oronoz, ayudante del general Santa-Anna, á los 23 años de edad, de resul-